

El Euro, España y el futuro de Europa

de Max Otte

Fundación Rafael del Pino, Madrid, Nov. 3, 2011

Estimada Señora del Pino

Estimados Señores Directores

Señoras y Señores,

Mi más cordial agradecimiento a la Fundación Rafael del Pino, por brindarme esta oportunidad de presentar mis ideas en España.

Les ruego que tengan paciencia si mi pronunciación no es siempre correcta.

He estado en España en varias ocasiones, un país cuya cultura ha aportado tanto y es tan necesaria para el futuro de Europa, a pesar de la crisis actual que tanto afecta a este país. Cuando era un adolescente encontré en la librería de mi padre dos libros de Ortega y Gasset: “La rebelión de las masas” y “Sobre la caza”. Ambos me impresionaron profundamente. La primera vez que estuve en Madrid fue en 1986. En 2006 estuve con mi familia en La Palma, donde mis niños se sintieron especialmente a gusto. Quizás se deba a que se llaman Sofía y Carlos.

A continuación voy a presentarles mi punto de vista sobre algunas cuestiones cuyo enfoque se diferencia claramente de la perspectiva habitual. Para tal efecto

- Primero describiré la primera crisis
- Segundo, analizaré brevemente las causas de la crisis,
- Tercero hablaré del verdadero juego político, que en mi opinión se está llevando a cabo en Europa
- Y cuarto daré algunas propuestas de reforma para el futuro.

La Crisis Europea

Europa se encuentra sumida en una grave crisis. Y esta crisis ha afectado de forma especial a su país. Esto es un hecho. No se trata de una crisis del euro, tampoco se trata de una crisis de los países del sur, ni de una crisis económica. Se trata de una crisis constitucional europea, una crisis de la constitución económica y política.

Desde el punto de vista europeo, ni siquiera se trata de una crisis económica. En total la Zona Euro tiene un déficit público de un 4,4 por ciento; los Estados Unidos de América de un 11 por ciento; y Japón tiene un déficit de un 10 por ciento. América se encuentra al borde del abismo. Japón con una deuda pública de un 250 (doscientos cincuenta) por ciento podría verse pronto en la misma situación, si se ve obligado a recapitalizarse en los mercados financieros internacionales. En realidad toda Europa es una isla de estabilidad dentro de las regiones industriales. Y aún así, todo el mundo habla de la crisis europea. Más tarde veremos cuáles podrían ser las causas que explican este hecho.

En la primavera de 2010 se empezó a ver de forma cada vez más clara que Grecia no iba a poder hacer frente a su deuda pública. Desde entonces el mundo de la política ha utilizado con frecuencia la idea de que evitar la insolvencia de Grecia, incluso también de Irlanda, España y Portugal, es una cuestión decisiva para el futuro de Europa. El primer ministro de Luxemburgo Jean-Claude Juncker no se cansa de resaltar que está en juego el mantenimiento de la idea de Europa. Tampoco tiene ningún reparo en utilizar la palabra “guerra” y despertar con ella miedos absurdos.

Sin embargo, en este drama nada es lo que parece. ¿Por qué se ha elevado a Grecia al nivel de cuestión decisiva para el destino de Europa? En caso de insolvencia, el Estado declararía a sus acreedores que es insolvente y que no puede cumplir con su deuda. A menudo, en estos casos, los acreedores y los deudores se ponen de acuerdo en una condonación parcial de la deuda o una reestructuración de la deuda. En la historia del sistema financiero moderno, este tipo de procedimientos son perfectamente conocidos.

España también sufrió tres quiebras en el siglo XVI (dieciseis), en plena cima de su poder. Por otro lado, Brasil tuvo que realizar una reforma monetaria en 1994 (mil novecientos noventa y cuatro). El país continúa prosperando. Grecia supone en la actualidad sólo el 2,8 por ciento de la economía europea. Por lo que, en mi opinión, una reestructuración de la deuda no supondría ningún problema ¿Dónde está, por tanto, la crisis real?

Las causas de la crisis

A fin de poder entender las causas de la crisis actual deberemos retroceder un paso en la historia, ya que es el euro el verdadero problema. El euro y sus grandes errores de construcción.

Tras la ejemplar transición a la democracia en 1980 (mil novecientos ochenta), España se centró en su integración en Europa. De ello se generó un gran auge económico que se ha visto reforzado de nuevo en la última década por la inmigración y el boom inmobiliario, conocido hoy en día también como burbuja inmobiliaria.

Cuando era estudiante, tuve la suerte de asistir a la fiesta de ingreso de España y Portugal, que se celebraba en la embajada de la Unión Europea en Bonn. La verdad es que no recuerdo cómo conseguí estar en este evento, sí recuerdo, en cambio, los excelentes vinos que se sirvieron.

En muchos aspectos la economía española complementa la de los países del norte, de forma que se han producido beneficios de integración para ambas partes.

Luego llegó el plan Delors a finales de los 80 (ochenta) que, junto con la unificación alemana, consiguió dar una nueva y fuerte dinámica a la integración europea. Con gran entusiasmo las naciones europeas establecieron como objetivo conseguir la unificación de las políticas de planificación, de exteriores, de seguridad, monetarias y económicas.

De este ambicioso plan sólo quedó la política monetaria común, un objetivo de Francia. El euro se hizo realidad. El objetivo alemán de fortalecer al Parlamento e ir trabajando democráticamente, paso a paso, en el objetivo común en otros ámbitos políticos y en la creación de una Europa federal, no logró imponerse. En este sentido, Europa no ha logrado ir más allá de la situación que había en 1954 (mil novecientos cincuenta y cuatro) , cuando fracasaba, en la Asamblea Nacional francesa, la Unión de Defensa Europea con Francia y Alemania como motores principales.

Por fin, Europa tenía el euro. Era una decisión política. Todos esperaban que el euro pudiera conseguir logros y que fuera capaz de propulsar la integración económica, de manera que las condiciones económicas se fueran adaptando.

Alemania - como tantas veces había sucedido en el proceso de integración europea - había adoptado una estrategia más bien pasiva en cuanto a la defensa de sus intereses: mejor hacer concesiones que dejar fracasar el proyecto. Parte de la estrategia pasiva era establecer los límites superiores de la deuda, así como la configuración del Banco Central Europeo a imagen del Deutsche Bundesbank. Sin embargo, cuando una parte, es decir, Francia, cuenta con una estrategia activa (como la de mancomunar la política monetaria alemana) y la otra, Alemania, sólo establece límites pasivos, entonces está claro cómo acaba la situación. La parte con la estrategia más activa, es decir, Francia, se impone.

Señoras y Señores: La Unión Monetaria de 1998 fue un disparate económico, y aún lo sigue siendo, aunque no se pueda hacer retroceder la rueda de la historia, y aunque el retorno completo a las monedas nacionales sea desastroso para Europa.

Según la teoría de los espacios monetarios óptimos, desarrollada por el economista Robert Mundell en los años 60 (sesenta), una moneda única requiere un espacio económico único. Y esto ni lo era Europa entonces, ni lo es ahora. El sistema monetario europeo introducido por Valery Giscard d'Estaing y Helmut Schmidt en los años 70 (setenta), y del que formaba parte la peseta, funcionaba de maravilla. Por ello,

la mayoría de los economistas, al menos en 1998 (mil novecientos noventa y ocho) en Alemania, estaba en contra de la entrada del euro. Incluido yo mismo.

En la conferencia “El Euro y el Futuro de la Unión Europea”, que pronuncié en abril de 1998 con motivo del acceso a una cátedra en la Universidad de Boston, argumenté de la misma manera: el euro es un disparate económico que dentro de como mucho diez años provocará tales desequilibrios que generará enormes problemas en la constitucional y no democrática construcción de Europa y la llevará a su destrucción. Europa en sí no me preocupaba. Mi argumento era que con estos problemas, la construcción de una Europa real y federal iba a dar un gran paso hacia adelante.

A los americanos les gustó aquello. Me otorgaron mi cátedra en la Boston University. Sin embargo, no me fue posible publicar la conferencia en Alemania. Una redactora jefe me dijo: “Sus ideas son interesantes, pero no se ajustan al cuadro.”

Hoy sé que mi conferencia se equivocaba totalmente en una cuestión. Estaba claro que se iban a producir enormes problemas, debido a los errores de construcción del euro. Pero nunca me hubiera podido imaginar, que estos problemas no fueran a traernos MÁS democracia y una reforma profunda de la Unión Europea, sino que por el contrario, nos han traído MENOS democracia y un mayor poder para Bruselas. Como hemos podido constatar en el caso de Portugal y Eslovaquia, gobiernos elegidos parlamentariamente son inmediatamente quitados del medio con medidas de presión y extorsión. Y cada vez nos encaminamos más hacia un estado central no democrático.

Al principio: La historia de un éxito

Al principio todo parecía indicar que estábamos ante una historia de éxito. Los países de la futura Zona Euro llevaron a cabo una política de convergencia. Los intereses bajaron de manera drástica en los países del sur de Europa. Los países que antes tenían que pagar altas tasas de riesgo, por fin se beneficiaban de los bajos intereses y de las

garantías implícitas de los países del norte. Los créditos a estos países ya no eran préstamos a moneda extranjera.

Esto condujo a un gran auge de crecimiento. Los déficits presupuestarios bajaron. Pero lo cierto es que los países de la Zona Euro no formaban entonces una óptima unión monetaria ni tampoco lo han conseguido ahora.

Así se produjeron graves desequilibrios que aún padecemos. La verdad es que España, Irlanda y Grecia son casos completamente diferentes.

En España comenzó a aumentar el endeudamiento privado, especialmente en el sector inmobiliario - con una decreciente deuda pública. Si nos fijamos en la costa sur de España, nos encontramos con enormes complejos de edificios vacíos. Ante esta imagen uno no puede más que reflexionar y pensar que semejantes asignaciones masivas de capital hubieran sido más propias de un régimen comunista. Sin embargo, parece que el capitalismo también es capaz de lograrlo. De hecho el sistema actual es, en muchos aspectos, como el de la economía planificada. A esto volveré más tarde.

En Irlanda se produjo un boom de crecimiento gracias a las inversiones empresariales y al dumping impositivo. Sin embargo, en Irlanda se da la paradoja de que, teniendo una renta per capita mayor que la de Alemania y que duplica la de Checoslovaquia, percibe ayuda solidaria de ambos países. Aquí la historia es algo diferente: los bancos irlandeses se la habían jugado y chantajearon al Estado, y la deuda pública explotó en un 30 (treinta) por ciento, debido a la recapitalización de los bancos. Irlanda extorsionaba a Europa y Europa chantajeaba a Alemania.

Grecia pasó a ser miembro de la Zona Euro con un fraude. El enorme potencial de endeudamiento fue aprovechado por el Estado y entregado directamente a la ciudadanía en forma de ingresos, rentas, etc. y, consecuentemente, consumido. Habría que tratar a Grecia como un caso especial: Grecia es lo que la ciencia política llama un "failed state" (estado fallido), un Estado que no funciona.

A pesar de estas diferencias, Grecia, Portugal, España e Irlanda aparecen siempre metidas en el mismo saco. Más tarde veremos quién tiene interés en representar la crisis de manera tan poco diferenciada, ya que también se trata de llevar a cabo objetivos políticos.

El juego real

Estamos asistiendo a un tipo determinado de guerra monetaria. A la Zona Euro le va relativamente bien, a pesar de sus problemas en los países en crisis. En los últimos 10 años, el euro ha ganado claramente como moneda de reserva mundial. En la actualidad, un 27 (veintisiete) por ciento de las reservas monetarias del mundo son en euros, mientras que hace diez años lo eran en un 17 (diecisiete) por ciento.

Cuando las agencias de rating bajan la calificación a España e Italia, puede que lo hagan con razón. Lo que no se justifica es que los Estados Unidos obtengan una calificación AAA (triple A) de dos o tres agencias.

No es de extrañar: las agencias de rating tienen su sede en los Estados Unidos y tienen una doble vara de medir. América tiene una tasa oculta de paro del 15 (quince) por ciento y un déficit público del 11 (once). Aquí sí que tenemos problemas graves. Hace algunos meses, el Congreso americano nos ofreció un espectáculo indigno. Hasta el último momento, se debatió si habría que elevar el límite superior de la deuda. Cuando Standard & Poors se atrevió a bajar la calificación de Estados Unidos a AA+, su máximo responsable tuvo que abandonar su puesto de trabajo. En el llamado rescate del euro no se está rescatando ni a Grecia, ni al euro, ni a Europa.

En caso de insolvencia, el deudor puede realizar una contribución para salir de su difícil situación, cumpliendo con sus compromisos de ahorro y vendiendo patrimonio. Los acreedores, a su vez, pueden realizar su propia contribución renunciando a una parte de sus reclamaciones. Eso es exactamente lo que se quiere decir cuando se habla de la participación de los “acreedores privados”.

En este caso, el “acreedor privado” es de nuevo un concepto propagandístico y confuso. “Privado”, en este caso, podría sugerir que se trata de simples ciudadanos. Nada más lejos de la realidad. Los acreedores privados son en realidad bancos y prestadores de servicios financieros - sobre todo los bancos griegos, a menudo en manos de millonarios griegos. Estos son los actores a los que nosotros “rescatamos” ahora en Europa; no al euro, ni a Grecia, ni siquiera a los griegos. Pues nosotros, la generalidad de los contribuyentes, somos el tercer grupo que puede participar en el saneamiento de un acreedor insolvente.

También los ciudadanos de los países en crisis son víctimas de este pérfido juego. En el marco del “rescate”, Grecia está obligada a realizar enormes esfuerzos de ahorro. De 2010 al 2011, el país redujo ya su déficit presupuestario en cinco puntos porcentuales, lo que supone uno de los mayores esfuerzos que nunca antes ha tenido que asumir un país endeudado.

En lugar de fomentar el miedo al desplome del euro, nuestros bancos deberían hacerse responsables, en primer lugar, de sus propias decisiones equivocadas, concretamente a través de unas auténticas insolvencias estatales. Si debido al montante de las pérdidas, algunas instituciones individuales se encontraran en dificultades, siempre se podría ayudar. A estas alturas, ya sabemos cómo se hace.

Estimados Señoras y Señores,

Escribí las líneas anteriores hace algunos meses. A los políticos no les gustaron. Me acusaron de poner en riesgo al euro y de promulgar populismo barato. Hoy, un poco más tarde, estamos realizando una cuidadosa reducción de la deuda de Grecia. Debemos comenzar a separar las estructuras de crédito tóxicas, a recoger los escombros. Esto cuesta dinero y esfuerzo, pero es mejor, que desplazar los problemas hacia el futuro con la concesión de nuevos créditos.

Es posible que cuando escuchen lo que voy a decir a continuación, me tomen por socialista. Y quizás tengan razón en cierto sentido. Sin embargo, tengan en cuenta que

he creado tres empresas independientes. Participo activamente como inversor en los mercados de capital y gestiono un fondo propio de acciones. Soy un emprendedor apasionado.

El capitalismo vive del capital. La regulación ha conseguido socavar, precisamente en los bancos, las exigencias de capital de forma drástica. El Deutsche Bank - el banco más grande de Alemania - tiene en estos momentos un 1,8 por ciento de capital propio en su balance. Es correcto que en Europa se debata sobre cómo inyectar capital a los bancos. Si se trata de dinero público, entonces los bancos pertenecerán a aquel que inyecte el dinero: nos pertenecerán a nosotros, a los ciudadanos y ciudadanas, es decir, al Estado. Más tarde se podrá privatizar estos bancos con beneficio. Este es el modelo sueco.

En estos momentos, nosotros - el sector público - estamos aportando cada vez más dinero en forma de créditos, que al final benefician a los propietarios de los grandes bancos de inversión. Este tipo de “socialismo para bancos”, en el que éstos viven a costa del Estado sin participar, de una forma adecuada, en la creación de valor de la economía, socava la democracia.

Entre tanto los bancos de inversión y las sociedades de inversión especulativas se han infiltrado en el sector de bancos comerciales y en la economía real y los han sometido. En la actualidad, mercados y estados enteros bailan al son de lo que marcan los mercados financieros. Los gobiernos elegidos democráticamente están siendo extorsionados, y si no se someten, como en el caso de Portugal o Eslovaquia, son sustituidos.

En lugar de controlar la especulación, ésta se está fomentando aún más, a través de la normativa jurídica y la regulación del mercado financiero. El ex director de economía política del Fondo Monetario Internacional, Simon Johnson, ha denunciado el “secuestro” de la política por intereses privados desenfrenados y apunta en este sentido a una oligarquía financiera.

Este concepto fue acuñado ya en 1913 por Louis Brandeis, uno de los más acreditados jueces constitucionalistas de los Estados Unidos. La oligarquía financiera compuesta por bancos de inversión, hedge funds, bancos en la sombra, agencias de rating y otros actores, es actualmente el poder civil dominante a nivel mundial. Los gobiernos se han sometido al dictado de los mercados financieros, a los que los políticos más importantes les rinden tributo casi divino.

En la actualidad, los bancos de inversión más grandes y poderosos - en los Estados Unidos, en primera línea, Goldman Sachs y en Alemania, el Deutsche Bank - se encuentran claramente en la cúspide de la cadena alimentaria. Estas instituciones son las que actúan más rápido, cuentan con los ingenieros financieros más brillantes y disponen de excelentes relaciones dentro de los círculos gubernamentales. Estos poderosos actores cuentan con la colaboración de sociedades auditoras, gobiernos complacientes y autoridades reguladoras para conseguir sus objetivos. No se trata de “conspiraciones”, sino de estructuras de dominación social - algo que la ciencia social crítica ha analizado desde siempre. La oligarquía no tiene un plan maestro, pero sí defiende sus intereses.

Sin embargo, los mercados financieros no regulados son muy peligrosos. Se mueven al impulso de fuertes emociones y tienen oscilaciones extremas. La especulación puede dañar enormemente la economía real. Cuando el capital fluye en masa a un lugar determinado - por ejemplo, al mercado inmobiliario español - creando una burbuja especulativa, éste faltará a su vez en otro lugar - por ejemplo, en la renovación de las escuelas alemanas. Si se infla una burbuja tecnológica, faltará capital en la industria productiva.

Sin embargo, estos “mercados financieros” no son más que estructuras económicas, jurídicas y políticas creadas por hombres. Son el resultado de la forma en que hacemos política y economía, no constituyen ningún fundamento predeterminado.

Tras la crisis mundial de 1929, en los Estados Unidos se aseguró, con la separación, regulada por ley, de los bancos de inversión y los bancos comerciales, que en adelante

no se pudiera especular con el dinero de los ahorradores. Algunos productos financieros que invitaban a la especulación de riesgo, como por ejemplo los derivados, fueron prohibidos y las transacciones financieras internacionales se regularon a través del sistema de Bretton-Woods. Se eliminaron los aceleradores del fuego y se colocaron muros cortafuegos.

El capital financiero ya no sirve hoy a la economía real, sino que ha pasado a convertirse en el señor de la economía real y la política. La consecuencia es que las diferencias de ingresos y patrimonio en las naciones industrializadas se acentúan, los sistemas de seguros de pensiones y sanidad se erosionan, no se efectúan inversiones públicas en educación, ciencia e infraestructuras, y bienes públicos como las infraestructuras y la ciencia se transfieren cada vez en mayor medida a la propiedad privada.

También el multimillonario Charlie Munger, el socio del superinversionista estadounidense Warren Buffet, habla de una economía de casino, en la que mucha gente joven con talento ha descubierto cómo jugar (o inventarse juegos) en el casino, entregados a la ilusión de estar creando bienestar con todo ello. Pero no, las transacciones financieras per se no proporcionan ningún bienestar.

Deberemos cerrar algunas salas del gran casino de juego. En lugar de especular habrá que fomentar la creación de valor en la economía de mercado.

Para lograr un sistema financiero que funcione, necesitaremos:

1. Suficiente capital propio para todos los bancos. Precisamente las Cajas y los bancos locales disfrutaban de una buena situación, en comparación con los bancos de inversión; sin embargo, se les perjudica con reglas que fomentan la especulación.
2. Limitaciones de tamaño para los bancos. Si un banco es “too big to fail” (demasiado grande para caer), entonces es que es demasiado grande. En la crisis hemos permitido que se creen bancos AÚN más grandes.

3. Un impuesto sobre las transacciones financieras (tasa Tobi) en todos los negocios financieros reducirá la especulación, sin dañar a la economía real.
4. Separación de los bancos comerciales y los bancos de inversión, así como la regulación de los modelos de negocio, p.ej. La ley Volcker en los Estados Unidos.

Necesitamos de nuevo un sector financiero, que sirva a la economía real, no uno que lo domine.

Además deberemos reformar la Zona Euro.

Fritz W. Scharpf, que fue durante muchos años director del Instituto Max Planck para Investigación Social, hablaba de la “ficción de la unidad” de la Zona Euro. Alemania, Grecia, Francia y España tienen diferentes ritmos. Esto se debe a causas de índole microeconómicas y culturales. Con la política monetaria no se puede crear la unidad que haría falta. Para una parte de la Zona Euro los intereses siempre resultarán demasiado bajos - como para España desde el año 2000; para otras serán demasiado altos.

Por ello el euro es una bomba para una Europa federal constituida democráticamente. En el mejor de los casos arroja un balance coste-beneficio bastante controvertido:

1. Ayudó a las empresas de actividad internacional a conseguir unificar sus balances. Lo que fue muy útil para las empresas, p.ej. Para los comerciantes alemanes.
2. En contra de lo que se piensa, las exportaciones europeas no han aumentado. Este capítulo ya funcionaba perfectamente en el sistema monetario europeo.
3. Ha creado las burbujas y los desequilibrios en España y en otros países. Ha fomentado la especulación y ha provocado una falsa ilusión de riqueza.
4. Ha conseguido enfrentar a los países europeos en interés de las altas finanzas.

En estos momentos, el Banco Central Europeo y los países del norte están costeando el saldo financiero de los países del sur al 100 por cien. No se trata de ayudas regionales o de programas estructurales, como sucedía en la vieja Unión Europea, se trata de lo sustancial. Podríamos seguir cargando la capacidad crediticia de los países del norte durante algún tiempo más, pero la cuestión es ¿a quién ayudamos con ello?

Por lo tanto, en Europa será inevitable pactar una reducción de la deuda griega y de los países deficitarios del sur, y con ello será necesaria la participación de los bancos y de grandes bienes de capital para superar el daño que ellos mismos han ocasionado. Este sería el primer paso, si queremos tener un sistema financiero sano. Lo que se decidió la semana pasada en la Cumbre Europea fue en el mejor de los casos una tentativa vacilante.

Además abogo para que Grecia abandone la Zona Euro. De esta forma este país podría llevar a cabo su propia política económica; con la devaluación de su moneda volvería a ser de nuevo más competitivo. Además sería más democrático: no tendríamos que rescatar a los grandes patrimonios financieros griegos con dinero de los contribuyentes de Europa.

Definitivamente Grecia no forma parte de la Zona Euro, mire cómo se mire. Este país tiene demasiadas estructuras administrativas que requieren reformas extremas. Si ahora tienen que asumir crecientes medidas de ahorro, la ciudadanía lo percibirá lógicamente como un dictado de Bruselas. Lo cual no es precisamente democrático.

En estos momentos, Papandreu, el primer ministro de Grecia ha propuesto convocar un referendun. Aunque no parezca muy justo - incluso un truco táctico- frente a sus socios de la Unión Europea, que son quienes han atado el “paquete de rescate”, el planteamiento es absolutamente correcto. Para Europa son cuestiones existenciales, sobre las que deberán decidir sus ciudadanos.

Quizás logre España evitar salir de la Zona Euro, pero si continúa esta guerra monetaria y las agencias de rating vuelven a bajar la calificación de España, a pesar de

que cuente con otras estructuras, el país se vería sometido a una tremenda presión. Tampoco para España y Portugal el euro es una gran solución. Los beneficios de la integración ya se obtuvieron en gran medida en 1986, después de la entrada en la Unión Europea. El euro ha generado muchos desequilibrios y un enorme endeudamiento privado, como el que tenemos hoy en día.

Piénsenlo ustedes mismos, señoras y señores

Consideren si un dictado de Bruselas es realmente lo que necesita su país. Con la peseta podrían llevar a cabo su propia política económica en democracia. Su país seguiría siendo miembro de la Unión Europea.

España no es Grecia. Mientras que Grecia definitivamente no forma parte de la Zona Euro, en el caso de España habría que valorar cuidadosamente las ventajas e inconvenientes.

Irlanda con su política actual no pertenece a la Zona Euro. Mientras que seguimos rescatando con medios de la Unión Europea a este país, que tiene una renta per capita superior a la alemana y más del doble que la eslovaca, Irlanda sigue practicando el dumping impositivo, con un impuesto de sociedades del 12 por ciento, frente a aquellos países que le han apoyado de forma solidaria.

Yo abogo por otro tipo de solidaridad.

La salida del euro de Grecia e incluso de otros países no sería barata. Está claro que requeriría nuevamente la solidaridad alemana y de otros países fuertes. Los países en crisis tendrían dificultades a corto plazo en los mercados de crédito y demandarían nuevas ayudas financieras. Sin embargo, sería la mejor forma de salir de la espiral de deudas y de abrir nuevas perspectivas al núcleo duro del euro.

En este caso, los países en crisis tendrían la posibilidad de decidir de forma democrática su propia política económica, en lugar de estar sometidos al dictado de los

mercados financieros. Con la devaluación de sus monedas podrían ser competitivos. Y podrían volver a formar parte del núcleo del euro, en cuanto se dieran las condiciones necesarias.

El Futuro de Europa

Ahora Italia está bajo presión. Las agencias de rating han bajado su calificación. Si bajan la calificación de Italia con un déficit presupuestario de tan sólo un 4,4 por ciento, lo que supone sólo el 40 por ciento del déficit del enfermizo Estados Unidos, y colocan a España en el punto de mira, entonces están utilizando una doble vara de medir. Estamos ante algo así como una “guerra de monedas”, tal como lo calificué en la radio alemana.

Y su país sigue estando en el punto de mira.

Las agencias de rating son instrumentos de planificación económica y un instrumento de la proyección de poder anglosajona. ¿Cómo es posible que los bancos, los seguros y los proveedores de servicios financieros no sean conscientes de su propia responsabilidad en la economía de mercado y no evalúen ellos mismo sus activos? Esta tendría que ser su tarea.

Aunque la disolución de las agencias de rating pueda parecer ahora mismo una ilusión (lo sería desde el punto de vista de la economía de mercado), necesitamos urgentemente una agencia europea para crear una divergencia de opiniones. La situación actual exige precisamente volver a replantearse Europa. No debemos empezar con cuestiones técnicas, sino con los profundos valores de Europa. Europa Continental con toda la diversidad que aportan países como España, Italia, Alemania y Francia sigue siendo - sigue latiendo- de forma diferente a los países anglosajones.

Nuestros estados sociales, a pesar de todas las reformas que requieran, siguen siendo pioneros. No deseo las condiciones de Estados Unidos en Europa, a pesar de haber vivido diez años en los Estados Unidos y ser, a estas alturas, también ciudadano norteamericano.

En Europa tenemos que ser conscientes de nuestros profundos valores.

Necesitamos por fin una constitución europea, que se merezca este nombre, con un parlamento europeo, que tenga algo que decir.

La Comisión debería de ser elegida democráticamente.

Europa puede beneficiarse del regionalismo de España y del federalismo de Alemania.

Estoy convencido de que Europa no es NINGÚN modelo en extinción, sino un modelo de futuro. Nuestra compleja historia puede ofrecer orientación de futuro, precisamente en un momento de poca visibilidad.

Estimada Señora del Pino,

Señoras y Señores,

La crisis española, la crisis europea forman parte de una crisis global del sistema financiero. Europa cuenta con los recursos necesarios para superarla. Pero sólo lo conseguirá, si además de las cuestiones técnicas, refleja sus profundos valores. Europa dispone del compás de valores. Sólo debemos volverlo a descubrir.

Muchas gracias.
